

ARGENSOLA, LUPERCIO LEONARDO DE (1559-1613)

ISABELA

ÍNDICE:

Jornada I
Jornada II
Jornada III

PERSONAJES:

LA FAMA, que hace el prólogo.
ENGRACIA, madre de Isabela.
ALBOACEN, rey de Zaragoza.
ANA, hermana de Isabela.
AUDALLA, consejero.
UN VIEJO, ciudadano,
AJA, hermana.
TURBA DE HOMBRES, MUJERES y
NIÑOS CRISTIANOS.
MULEY ALBENZAIDE, privado.
NUNCIO.
ZAUZALA.
ALADÍN, criado de Muley Albenzaide.
AZAN y CRIADOS del rey de Zaragoza.
ADULCE, rey de Valencia.
UN ALCAIDE.
SELÍN, criado suyo.
UN PORTERO.
EL ESPÍRITU DE ISABELA.
ISABELA, dama cristiana.
LAMBERTO, padre de Isabela.

La escena pasa en Zaragoza, metrópoli de Aragón.

PRÓLOGO

LA FAMA

Yo soy la que levanto los ingenios
en medio las miserias de este siglo,
porque la de virtud, difícil cumbre,
pueda ser de los hombres alcanzada,
de los cuales vulgar y comúnmente
ilustre Fama recibí por nombre.
No soy aquella Fama que Virgilio
dijo, que por ofensa de los dioses,
produjo la primera madre vuestra,
a la cual dignamente llamó monstruo.
Por mí sobre la tumba del gran Griego,
lloró, como sabemos, Alejandro,
y de envidia de ver los hechos de éste,
el dictador que dio su nombre a Julio.
Yo con eternas letras registrados
tengo los famosísimos varones
que tras de la virtud se remontaron,
unos por armas y otros por las letras,
y los que por entrambas estas cosas.
Ni vosotras, mujeres, perseguidas
de serpentinas lenguas, os quedasteis
(en colosos eternos levantadas)
sin vuestras merecidas alabanzas;
y, mal grado del gran Marón, tú, Dido,
entre las viudas castas te colocas.
Tienen cuidado pues los blancos cisnes
de quien el Ariosto dio noticia,
de celebrar con versos numerosos
los claros hechos de estos y de aquellos;
y los que no son dignos de este canto,
en bocas de los cuervos disonantes
andan con alabanzas limitadas,
a cuyas roncadas voces no responde
el eco de las doctas opiniones.
Por más que los cuitados cuidadosos
procuran imitarme, poco digo,
procuran competir con esta trompa

por mí tan solamente dedicada
para cantar nombres de los héroes.
Siguiendo mi costumbre pues agora,
bien que contra la ley de las tragedias,
en los teatros públicos parezco
a daros alabanzas infinitas,
como las merecéis todos vosotros.
Podeisme responder que lisonjeo,
pues que sin distinción de vuestros hechos,
y sin contar alguno los alabo,
en mi satisfacción respondo a esto,
que cuando no tuviera yo noticia
de todo lo que digo, me bastaba
que de vuestro valor hice experiencia;
pues publicando yo, que recitaba
Salcedo no comedias amorosas,
nocturnas asechanzas de mancebos.
Y libres liviandades de mozuelas,
cosas que son acetas en el vulgo;
sino que de coturnos adornado,
en lugar de las burlas, os contaba.
Miserables tragedias y sucesos,
desengaños de vicios, cosa fuerte,
y dura de tragar a quien los sigue:
vosotros, por no ser amigos de esto,
venís a ver los trágicos lamentos
y la fragilidad de vuestra vida:
evidente señal de que sois tales,
que discernís lo malo de lo bueno,
para lo cual ternéis materia luego,
si proseguís a oírme con sosiego.

JORNADA I

Escena I

ALBOACEN, AUDALLA.

ALBOACEN

Ni yo tengo temor a los cristianos
por verlos tan vecinos a mi tierra,
que casi nos podemos dar las manos:
y puesto que la gente de la sierra

de plásticos soldados se refresca,
queriendo proseguir la dura guerra,
no temo de la furia soldadesca
ver talados mis campos y riberas,
cual vio (por nuestro mal) el rey de Huesca:
ni temo de sus máquinas guerreras,
ni la gente que junta y acumula
debajo sus insignias y banderas:
ni tanto me fatiga y atribula
don Pedro, rey soberbio de Sobrarve,
que ya de Zaragoza se intitula;
pues sabe que a la vista de un adarbe
a su padre don Sancho le dio muerte
la cautelosa flecha de un alarbe.
Y puesto (según dicen) que es tan fuerte,
el ejemplo que digo será parte
que con más discreción pruebe la suerte.
Bástale ver al rey en su estandarte
cuatro cabezas nuestras por trofeo,
que cada cual tuvimos por un Marte;
y cuando no bastare (que lo creo),
aún tengo yo dos manos, y hay alfanjes
que puedan reprimirle su deseo.
Ordene sus escuadras y falanges,
y prométase ya con vanagloria
la tierra que tenemos de aquí al Ganges,
que no será tan fácil la victoria,
aunque suelen decir que en el extremo
y en la dificultad está la gloria.
Otro mayor contrario que el rey temo,
tan fuerte, que pensando lo que puede,
unas veces me hielo, y otras quemó.
Concedo que mi mal también procede
de quien yo sé: mas basta, no se diga:
mucho mejor será que aquí se quede.

AUDALLA

Mas antes será bien que se prosiga,
que con sólo nombrar lo que no temes,
no queda descubierta tu fatiga.
¿Será bueno, señor, que tú te quemes,
y por no descubrir el fuego fiero,
huyas el agua, y del dolor extremes?
Quien el peligro cierto ve primero,
y no busca remedio conveniente
al daño que sospecha venidero,

padecerá la pena justamente.
Arrepentido en vano de su falta,
quedando para risa de la gente.
¿Fáltate juventud? ¿Poder te falta
o belicosa gente, la cual pueda
romper al montañés la cerviz alta?
Presto verás volver la veloz rueda,
y derribar fortuna de la cumbre
al que piensa tenella fija y queda;
y si es (como lo es) de su costumbre
favorecer a osados, yo le mando
al ciego rey precisa servidumbre.
No vayas tú sospechas dilatando,
pues quien con prevención sus cosas rige,
menos tiene después que estar llorando.
Dime ¿qué te da pena?

ALBOACEN

Ya yo dije
que no tengo temor al rey cristiano,
ni la propincua pérdida me aflige;
mas miro mi contrario tan cercano
que en cualquiera remedio que provea,
el fin de mi trabajo será vano.
Un muro comúnmente nos rodea
a mí y a mi enemigo poderoso,
que por ocultos términos pelea:
no me separa de él muralla o foso,
porque los dos en medio Zaragoza
tenemos nuestras casas y reposo;
mas antes él es solo quien la goza,
que yo no la conozco ni pretendo.

AUDALLA

No puede reposar la sangre moza,
pero de tus razones comprehendo
que temes de tus mismos ciudadanos,
sus ciertas asechanzas entendiendo,
digo de tus vasallos los cristianos,
que en medio Zaragoza los permites
vivir, y celebrar sus ritos vanos.
No sé quien te detiene que no quites
un abuso tan grande de tu tierra,
y que preciso tiempo les limites:
ni sé quien es tan bárbaro, que encierra
los lobos y ganado juntamente,

siendo tan diferentes paz y guerra,
y no por ser pacífica tu gente;
pero puesto, señor, que se recela,
no se puede librar tan fácilmente:
esta canalla torpe siempre vela,
y con humildes hábitos y gesto
a la secreta guerra dan espuela.
Con justa causa temes, señor, esto,
pues entre tan ocultos enemigos
(Ocultos, antes claros) estás puesto.
Aquí los tienes puestos por testigos
de las cosas de guerra que preparas,
que aún no deben sabellas los amigos;
¿y gente dobladiza de dos caras?
Es bien que te descubra tus secretos,
y nuestras asechanzas haga claras?
En vano pensarás tener quietos,
aunque gocen riquezas infinitas
a los que llevan nombre de sujetos.
Es muy bueno, señor, que les permitas
ese templo que llaman de María,
en medio de tus baños y mezquitas,
en donde se celebran cada día
los sacrificios de estos y sus cantos
con música solemne y armonía,
y digan que su temido sobre cuantos
celebran los cristianos fue primero
fundado por los ángeles y santos;
y tienen por negocio verdadero,
que vino aquí la virgen siendo viva,
y pisó las riberas del Íbero.
A la soberbia de estos excesiva,
juntándose la fe que tienen de esto,
mira si la cerviz tendrán altiva.
El simulacro pues que tienen puesto
encima la columna venerada,
nos muestra lo que digo manifiesto;
y tienen ya por cosa averiguada
que si permaneciere su firmeza
España podrá ser recuperada.
No creyeron jamás con la simpleza
en el paladio bulto los troyanos
mostrando contra griegos fortaleza,
cuanto tienen por cierto los cristianos
poder con el amparo de su templo
quitarnos las victorias de las manos

y dicen (por probarlo con ejemplo)
que no fue su parroquia jamás nuestra
en cuya pretensión su fe contemplo.
Alza pues, poderoso rey, la diestra,
haciendo por castigo ce su yerro,
de tu poder y su locura muestra:
manda que cumplan fuego su destierro:
qué digo, desterrallos es muy leve,
no quede con la vida ningún perro.
¿Por ventura cualquiera no se atreve
a probar contra nos su fuerza flaca?
Pues mira si la vida se la debe.
¿Sabes de su comercio qué se saca?
Vivir en nuestras casas con tal miedo,
como si las tuviésemos en Jaca.
Quisiérate decir, pero no puedo,

(Hace el rey un extremo dando un suspiro.)

Que pues inclinas tanto labio y ceja,
veo que de tu gusto, rey, excedo,
esa puerta, que llaman la Cineja,
(cenizas otro tiempo) te da gritos
y en mi lugar lo justo te aconseja.
En ella fueron muertos infinitos,
los cuales ofendieron a Daciano,
burlando de sus dioses y sus ritos.
Alza pues, poderoso rey, la mano.

ALBOACEN

Mas antes será bien atar la tuya,
y defender con éstas al cristiano.
Primero Dios, que puede, me destruya
que yo deje de ser con ellos pío,
por ellos no, más es por cosa suya;
que menos es perder mi señorío
que tu gracia, cristiana, por quien vengo
a no poder gozar del albedrío:
¿Mas cómo perderé lo que no tengo,
si sólo con soñadas esperanzas
la vida para males entretengo?
Isabela cruel, cruel alcanzas
estado tan altivo que si quieres,
en mí puedes hacer cien mil mudanzas:
¡y tú la más cruel de las mujeres,
correspondes tan mal a mis servicios!

No sé por qué ¿por qué? Por ser quien eres.
Probete a conquistar con beneficios
también con amenazas, pero fueron
fabricar en los aires edificios.
Ni mis largas promesas te movieron
que suelen ablandar a la más casta;
ni miedo mis castigos te pusieron;
y pues a persuadirte nadie hasta,
ahora con engaños me pertrecho,
moneda que en el mundo más se gasta.
Este fiero pregón habernos hecho,
por ver si con el daño de tu gente,
en algo rendirás el duro pecho.

AUDALLA

Bastaba mi sospecha solamente:
pero ya descubierta, señor, veo
la causa de tus daños evidente.
No busques más excusa ni rodeo,
pues es cosa de reyes tan ajena
aprobar por hermoso lo que es feo,
y pues tú con vergüenza de tu pena
(por ser baja la causa) la callabas,
esa misma vergüenza te condena.
Son esas las bravezas que mostrabas
en tu niñez gallarda, por ventura
¿a cosas semejantes aspirabas?
Cual suele parecer en noche oscura
prodigioso cometa, prometiendo
de reyes o monarcas desventura,
que con admiración su forma viendo,
los ojos en las nubes enclavados,
estamos sus efectos inquiriendo,
por ver si los planetas indignados
influyen sobre nos en triste suerte,
y nos dejan del daño preservados,
así también a ti (que tras la muerte
de tu padre sucedes en su silla)
todos alzan los ojos para verte.
Mirámoste, señor, con maravilla,
milagros de tus obras esperando,
los moros de Aragón y de Castilla
pensábamos que estabas afilando
cuchillo riguroso de venganza,
a tus predecesores imitando;
y tú, tan al revés de la esperanza,

ocupas tus altivos pensamientos
en lo que quien no quiere no lo alcanza.
Una mujer revoca tus intentos,
teniendo mil ejemplos en las manos
de casos miserables y sangrientos
Helena, pestilencia de troyanos,
Cleopatra verdugo fue de Roma,
La Cava, perdición de los hispanos.
En estos pues ejemplo claro toma
y si quieres domar a tus vasallos
a ti mismo, señor, primero doma.
¡Cómo! Que con un freno los caballos
más furiosos se rigen, ¡y no pueda
la razón a los hombres gobernallos
pretendemos al sol torcer su rueda,
¡y nuestra voluntad, que es propia nuestra,
no podremos tenerla fija y queda!
Que la necesidad, común maestra,
un modo conveniente de la vida
a los animalejos simple muestra
el uno pide al dueño la comida
con extranjera voz; el otro tiene
su casa de manjares proveída:
¡y nosotros con ver que nos conviene,
no sólo convenir, mas es preciso,
para que una república se ordene,
huimos ciegamente del aviso,
siguiendo el apetito que nos llama,
tras glorias de un soñado paraíso.
Vuelve, vuelve los ojos a tu fama,
mira que soy tu siervo, que soy viejo
y por el consiguiente, quien te ama:
admite mis razones y consejo,
y ten a tus abuelos valerosos
para mirar sus obras por espejo:
si quieres pasatiempos amorosos,
(que no me admiro de esto, por ser cosa
común a los mancebos orgullosos)
¿hate de faltar mora más hermosa,
más afable, discreta, ni hidalga,
que esa perra cristiana rigurosa?

ALBOACEN

Tú quieres que tu rey de seso salga:
¿di, blasfemo, tenemos en el suelo
ni en el cielo tampoco, quien más valga?

AUDALLA

A no tener de tu pesar recelo,
dijera; pero temo...

ALBOACEN

¿Qué?

AUDALLA

No sea
mi daño.

ALBOACEN

No será, dilo.

AUDALLA

Direlo,
direlo, y ya que a mí no se me crea,
esta carta verás.

ALBOACEN

¿Cuya es?

AUDALLA

De un hombre
que no menos que yo tu bien desea.

ALBOACEN

¿Quién es?

AUDALLA

Es un cristiano.

ALBOACEN

¿Tiene nombre?

AUDALLA

Si tiene, más por ser amigo tuyo,
es bien que claramente no se nombre.

ALBOACEN

Pues no me precio yo de serlo suyo,
que siempre de traidores a sus reyes,
y más de los que son secretos, huyo.

AUDALLA

¿Guardarás esa ley?

ALBOACEN

¿Pues no? Las leyes,
igual hacen al rico y al que labra
la tierra con el yugo tras los bueyes.

AUDALLA

Léela, si te sirves.

ALBOACEN

No se abra
la carta, que de ti sólo confío:
mejor es que lo cuentes de palabra.

AUDALLA

Oye pues brevemente, señor mío,
de Muley Albenzalde la cautela,
o por decir mejor el desvarío:
a ti rompió la fe por Isabela:
secretamente, fue; pero ya clara,
que la verdad el tiempo la revela.
Ni pienses que la dama le fue cara,
pues en correspondencia del amante
la voluntad recíproca declara.
Pasaran sus amores adelante
por ser las voluntades tan iguales,
que es la de él a la de ella semejante,
sino porque a los lazos conyugales
las leyes diferentes impedían,
y el ser los deudos de ella principales.
Pues viendo que casarse no podían,
por no perder los dos el tiempo en vano,
o porque así los hados lo querían,
determinó Muley de ser cristiano,
y púsolo por obra, según cuenta
esa carta que tienes en la mano.

ALBOACEN

¡Sufrir pueden los cielos tal afrenta!
Yo juro pues por ellos que la mía
haré que con su daño Muley sienta.

AUDALLA

Pues mira quien dejó tu monarquía
por un alcaide tuyo fementido,

si renombre de perra merecía.

ALBOACEN

Estoy de la maldad tan ofendido,
que me faltan palabras suficientes,
el aliento, la lengua y el sentido;
y porque más despacio me lo cuentes
a mi jardín nos vamos, al cual demos
de nuestros tristes ojos turbias fuentes,
y la justa venganza concertemos.

Escena II

ISABELA

ISABELA

Noche triste, deseada
para descansar los moros
a los cristianos pesada,
pues con suspiros y lloros
has de ser solemnizada.
Con justa causa la luna
esconde su blanca cara,
sin dar claridad alguna,
por no mirar la fortuna
que contra nos se prepara.
Tú, Ebro, que te apresuras
con tus aguas enturbiadas;
en cuyas olas murmuras
nuestras glorias ya pasadas
y presentes desventuras
como cuando de trofeos
sus aguas turbias y feas
adornaron los caldeos,
llorando por las riberas
los ya vencidos hebreos
cuyos mudos instrumentos
en sus árboles colgados,
algunos de sus acentos
eran solo frecuentados
de los importunos vientos;
tales verás tus cristianos
en los nudosos cordeles
puestas las cruzadas manos,
sujetos a los infieles

y bárbaros africanos;
y también verás tu arena
de colorados matices,
que con abundante vena
le dirán nuestras cervices,
y de cuerpos muertos llena.
Vuelve pues, padre clemente
los ojos a nos, y mira
del tirano rey la ira,
y a tu perseguida gente
lo que debe hacer inspira:
y también a mi Muley,
que salió de su ciudad
para confesar tu ley,
confirma su voluntad
y muda la de su rey.
¡Ay, Muley! ¡Y quién creyera
que el día de nuestras bodas
el de nuestra muerte fuera,
que con las reliquias godas
juntamente nos espera!
Vientos, si de mi pasión
tenéis dolor, dadle parte
a Muley, que en tal sazón
está con el nuevo Marte,
don Pedro, rey de Aragón.

Escena III

ISABELA, ANA.

ANA

¿Hasta cuándo determinas
estar, hermana, llorando?
Deja las quejas continas,
pues al gozo te avecinas
que estábamos deseando.
Albenzaide, nuestro amigo,
llegó ya, como deseas.

ISABELA

¿Quién dices, hermana?

ANA

Digo:

pero para que lo creas,
estará luego contigo;
porque como me desvela
el peligro de tu vida,
estuve cual centinela
esperando su venida,
y el contento de Isabela.

ISABELA
¿Vendrá?

ANA
Si le das licencia

ISABELA
Él la tiene ya por cierto.

Escena IV

ISABELA, ANA, MULEY.

MULEY
A lo menos no paciencia
de estar, señora, cubierto
delante de tu presencia;
y pues que mi gloria eres,
Suplícote que me des
tus blancas manos; ¿no quieres?
Pues no me niegues los pies.

ISABELA
Ni pies ni manos esperes.

ANA
¿A Muley piensas negarlas?

ISABELA
¿Y tú defiendes su parte?

ANA
Al fin huyo de rogarte.

ISABELA
No las di para besarlas,
sino para levantarte.

¿Pues, Muley?

MULEY

Nadie me nombre,
porque ya no soy Muley.

ISABELA

¿Pues quién eres?

MULEY

Soy un hombre
a quien da la nueva ley
nuevo ser y nuevo nombre.
Muley fui, Lupercio vengo
cristiano tan verdadero,
que solo de Muley tengo
serte fiel como primero,
y en lo demás desconvengo.
En Monte-Aragón nací
con el agua del bautismo
que de Cristo recibí
por mano del abad mismo,
que tiene su silla allí.
Enseñome vuestra ley
de la suerte que la enseña
el de San Juan de la Peña.
Fueron padrinos el rey,
otro monje, y una dueña.

ISABELA

En extremo me consuela
ver que respondes por ti.

MULEY

También me consuela a mí
hallarte tal, Isabela,
como cuando me partí.

ISABELA

¡Ay dolor!

MULEY

¿De qué suspiras?
¿Por ventura ya te pesa
de la jurada promesa,
ahora que el plazo miras

que se cumple con tal priesa?
Y viendo que soy cristiano,
y que ya te falta excusa,
con estar el hecho llano,
¿estás pensando confusa
cómo retirar la mano?
Y si como me tuviste,
me tienes en tu memoria
¿por qué con agüero triste
interrumpes esa gloria,
y tales suspiros diste?

ISABELA

No tengas miedo, Muley,
(Lupercio quise decir)
que pues tienes ya mi ley,
te deje yo de seguir
contra la furia del rey.
Mudanza de mí no creas,
(si ya no mueren las almas)
entretanto que no veas
en las cumbres pirineas
cedros, naranjos y palmas.
Pero no quiero poner
tiempo para mi mudanza,
pues que ni le puede haber,
ni ocasión para perder
un punto de tu esperanza
que puesto acaso que fuese
posible la que decía,
para mí no lo sería
mudarme, ni que torciese
un punto de la fe mía;
pero sabe que la causa
del dolor que manifiesto...

MULEY

No te turbes, dila presto.

ISABELA

Es el rey el que la causa,
rey tirano, rey molesto.
No sé por cuál novedad
mandó pregonar el rey,
que con suma brevedad
desampare su ciudad

la gente de nuestra ley.
Dícese que nos destierra,
porque es grande inconveniente
para la futura guerra,
vivir dentro de su tierra
nuestra miserable gente;
y que usando de clemencia,
las vidas quiere dejarnos.
Yo temo que es apariencia
para mejor descuidarnos,
y darnos cruda sentencia.
Concurren muchas razones
que dan de esto certidumbre.

MULEY

Bástanme las que propones.

ISABELA

Y tras estas la costumbre
de tales persecuciones.

MULEY

¿Será posible?

ISABELA

Seralo.
Mira si debo sentir
más dolor del que señalo.

MULEY

¡Que tal se pueda sufrir!

ANA

¿Y no hay algún intervalo?

ISABELA

Sí lo hay, y aun en mi mano,
pero nunca Dios lo quiera,
porque es amar al tirano,
y vale más que yo muera.

MULEY

O yo, que soy quien más gano.

ISABELA

Que no temo yo la muerte

donde la gloria se gana,
ni tendré por menor suerte
que la virgen lusitana
hallar al tirano fuerte.

MULEY

No temas pues, que yo creo
que tendrá remedio todo.

ISABELA

Remedio ninguno veo.

MULEY

Yo sí, que tu bien deseo:
oye.

ISABELA

Dime, ¿de qué modo?

MULEY

Ya sabes que el rey me ama,
y lo que de mí confía.

ISABELA

Sé que confiar solía,
pero si llegó la fama
del bautismo...

MULEY

No podía.
Yo lo pintaré delante
una gran dificultad,
tan eficaz y bastante,
que mude su voluntad,
si bien fuese de diamante:
hay aparente razón
que si ahora nos destierra,
declara la prevención
los discursos de la guerra,
y en efecto su intención.
Dírele que se suspenda
el riguroso castigo,
porque con él no se ofenda
y haga que el enemigo
sus designios comprenda;
y que al rey don Pedro pida

paz, y le prometa parias,
y debajo paz fingida
de las cosas necesarias
haga prevención cumplida.
El rey don Pedro ya queda
de estas cosas prevenido,
para que la paz conceda,
y debajo de partido
junte la gente que pueda;
y procuraré también
que todos los de esta tierra
(digo cristianos) estén
prevenidos para guerra,
cuando la seña les den:
y cuando Alboacen tirano
niegue, como negar piensa,
las parias al rey cristiano,
mira si con tal ofensa
tenemos el hecho llano.

ISABELA

El rey de Aragón parece,
que no cumple con quien es,
aunque la guerra no empiece,
pues que las paces ofrece
para romperlas después.

MULEY

El astuto cazador
guarda semejante traza
vístese de la color
que menos teme la caza,
para cazarla mejor.

ISABELA

Mil inconvenientes veo,
que pueden atravesarse.

MULEY

Pues yo lo contrario creo.

ANA

Tarde vemos un deseo
de su mal desengañarse.

MULEY

Y cuando todo no baste,
amigos tengo yo tales,
y deudos tan principales,
que pueden hacer contraste
a los preceptos reales.

ANA

La plática se concluya,
porque ya la luz del día
sojuzgo la noche fría.

MULEY

Él manifiesta la suya
envidioso de la mía.
Yo me voy; pero primero...

ISABELA

Para mañana te emplazo,
y en este lugar te espero.

MULEY

Querría...

ISABELA

¿Qué quieres?

MULEY

Quiero
que me dieses un abrazo.

ISABELA

¿Abrazo?

ANA

¿Qué duda pones?

ISABELA

Para mejor ocasión.

MULEY

¡Que no pueda la aflicción
quitarte con ocasiones
la rienda de la razón!

ISABELA

Quitánmela tus querellas.

ANA

Al fin vence quien porfía.

MULEY

A Dios, hermosas doncellas:
pues es muy propio del día
escondernos las estrellas.

Escena V

AUDALLA

AUDALLA

¿Hay género de cosa más odiosa,
o monstruo por ventura más horrendo.
Que los que vituperan una cosa,
la cual a toda furia van siguiendo,
y llenos de apariencia mentirosa,
los defectos ajenos reprehendiendo,
intentan de dar leyes a los hombres,
solo por dilatar su fama y nombres?
Si yo con las heladas del invierno,
ceñido de vejez, del todo cano,
sigo la vanidad con que discierno
ser extremo del mal un viejo vario,
¿por qué pienso templar de un mozo tierno,
en medio los ardores del verano,
los amorosos fuegos y sus bríos,
no sabiendo templar los propios míos?
¿Por qué quiero templarlo? Porque es justo
que por sus apetitos no se siga,
ni por decir soy mozo, rey, robusto,
que la virtud a todos nos obliga,
pero si vitupero de su gusto,
¿por qué tiendo las alas en su liga?
Esto con más razón decir podría,
mas antes con razón llorar debería.
¡Audalla desdichado! ¿Qué pretendes?
¿No ves que tras los vicios te despeñas?
Si los efectos del amor entiendes,
y remedios tan fáciles enseñas,
¿por qué de su poder no te defiendes?
¿Qué son de las palabras zahareñas
con que dabas al rey consejos vanos,

y tantas medicinas en las manos?
Carecen ya mis yerros de disculpa:
cualquiera de estas cosas me la quita,
y a todos el ejemplo de mi culpa
el camino del vicio facilita:
que cuando quien los hombres torpes culpa,
sabemos que ese mismo les imita,
entonces la maldad autorizada
con fácil ocasión es tolerada.
Ya llegas, desengaño de amor, tarde,
y es fuerza que este fuego me deshaga
que cuando los maderos secos arden,
hasta ver las cenizas, no se apaga:
no es justo pues que muera por cobarde
apliquemos remedios a la llaga
veamos, Isabela. de qué suerte
nos llevas en las manos de la muerte.
Mayor pasión de amor que el rey os tengo;
porque si de Albenzaide celos tiene,
los mismos celos yo de los dos tengo,
y doblada defensa me conviene:
por el mismo camino que ellos vengo
hay esta diferencia, que aquel viene
con favores, el rey con esperanza,
si no de ser amado, de venganza.
Yo vengo solamente sin reparo,
para sufrir tus tiros, Isabela,
en mí tienes el blanco muy más claro,
y contra mí tu flecha mejor vuela;
pero si yo mi pecho no declaro,
en tanto que de mí no se recela,
del rey podré mirar la saña fiera
que contra su rival Muley se espera.
Cual toro que de lejos ve que asoma
el toro que a su vaca también ama,
de cuya vista nueva furia toma,
y con celosa voz gimiendo brama,
y ya su pastor mismo que los doma,
elige de algún árbol gruesa rama
para ver la batalla, temeroso
del animal feroz y más celoso;
no menos el colérico rey moro
contra su rival fiero se embravece,
que ya no le refrena su decoro,
ni mis sanos consejos obedece.
Con estas diferencias yo mejoro

si fortuna tras ellos favorece;
y pues determinado voy, arrojó
el pecho al agua, y el temor recojo.

Escena VI

ISABELA, ALADIN.

ISABELA

Pararon mis sospechas en lo cierto,
que el rey mandó prendello con tal ira;
ya debe según eso de ser muerto.
¿El sol por qué se muestra, si tal mira?

ALADIN

Apenas a decir, señora, acierto,
según la lengua al llanto se retira,
el lamentable caso, caso triste;
¡injusto rey, o rey que tal hiciste!
Por gran favor me llevan donde estaba
(no te sabré decir con cuánta pena)
en una cárcel honda, que mostraba
estar de venenosas sierpes llena,
a cuya gran fiereza acompañaba
el ronco murmurar de la cadena,
injusto peso que Muley sostiene,
la garganta del cual ceñida tiene.
A la pequeña lumbre de una vela,
apenas pude velle bien la cara:
dijo: sepa mis males Isabela...

ISABELA

¡Pluguiera a Dios que sola los pasara!

ALADIN

Y tú como supieres la consuela.
También dijera más, si no llegara
el crudo carcelero con voz fiera,
mandándome salir al punto fuera.

(Aquí cae ISABELA desmayada.)

¡Ah, señora, señora, qué congoja
te priva de dolor y de sentido!
No te muestres por Dios ahora floja:

¿Qué debo hacer? ¡Ay triste! Soy perdido.
Este fiero desmayo no se afloja,
y si pido socorro soy sentido;
pero pues viene ya su hermana bella,
a mí podrá librarne y socorrella.

Escena VII

ISABELA, ALADIN, ANA.

ANA

Aladin, no te pares, vete presto,
que vienen nuestros padres.

ALADIN

¿Por qué parte
puedo salir?

ANA

Por ésta. Tú con esto
no quieras, Isabela, declararte;
aserena por Dios el claro gesto,
que vienen nuestros padres a buscarte,
y los demás cristianos desdichados,
al preciso destierro condenados.
Tenemos nuestra casa rodeada,
y dentro que no cabe, toda llena
de la devota gente bautizada,
a quien el rey sin ocasión condena.
Oye la ronca voz desentonada,
que formada de tantas así suena
escucha por ventura si conoces
de tus padres también las tristes voces.
Un lloroso tropel de viejos canos,
a quien muchas mujeres ven siguiendo,
hiere con triste son los aires vanos,
a Dios perdón, y a ti piedad pidiendo.
Estos llevan los niños de las manos,
aquellos a los pechos, reprimiendo
las inocentes voces, que con lloro
Muestran también temor del fiero moro.

ISABELA

¿Y sabes qué pretenden de mí?

ANA

Creo

que saben los amores del tirano.
Pero ya nuestra gente venir veo,
y por su capitán mi padre cano.
Yo me junto con ellos, pues deseo
alcanzar el remedio de tu mano;
y puesto que mis ruegos valgan poco,
entre los suplicantes me coloco.

JORNADA II

Escena I

LAMBERTO, ENGRACIA, ISABELA, ANA, UN VIEJO y TURBA DE
HOMBRES, MUJERES y NIÑOS CRISTIANOS.

LAMBERTO

¡Oh virgen generosa, de quien pende
el bien común, y público reposo!
(Hija diré mejor) si cual entiendo
el vulgo, soy tu padre venturoso;
si mi cansada vida no te ofende,
ni tienes este nombre por odioso,
óyeme, si cual padre no, cual hombre
que tiene de cristiano ley y nombre.

ISABELA

¡Oh padres a quien debo reverencia!
¡Oh santa, perseguida compañía,
postrada, sin razón, en mi presencia,
espectáculo triste de este día!
¿De qué manera puedo dar audiencia,
ni quien seso tuviese la daría,
viendo vuestros aspectos venerados
a mis indignos pies así postrados?
Las rodillas alzad del duro suelo,
o revolved los ojos hechos ríos
al sumo plasmador de tierra y cielo,
y dirigid allá los votos píos;
y pues que mis entrañas no son hielo,
ni los bircanos tigres padres míos,
probad a conquistar otra dureza

con estos aparatos de tristeza:
que yo sin espectáculo presente,
cuando fuese mi muerte necesaria,
padeceré las peñas obediente;
obediente, ¿qué dije? Voluntaria.
Y por el bien común de nuestra gente,
y daño de la pérfida contraria,
una muerte, mil muertes, y si puedo,
muchas más pasaré sin algún miedo.

LAMBERTO

Pues oye: bien sabemos cuán rendido
en amorosas llamas al rey tienes,
y cuán desesperado y ofendido
con tus castas repulsas y desdenes;
pero si tú con un amor fingido
sus locos pensamientos entretienes,
y cebas la esperanza lisonjera,
al yugo volverá la cerviz fiera.
Así que con hacer lo que te digo,
queda la voluntad del rey por tuya,
harás que no prosiga su castigo,
ni de la dulce patria nos excluya,
puedes así vencer al enemigo,
o darnos ocasión que se atribuya
a sola tu dureza nuestra pena,
y digan: Isabela nos condena.
Y por el consiguiente, si procuras
el bien universal (como lo creo)
y nuestras posesiones aseguras,
(cual la santa Judith al pueblo hebreo)
tu nombre librarán las escrituras
mal grado de las aguas del Leteo,
del fugitivo tiempo carcomido,
amigo de la envidia y del olvido.
Ahora mira pues cuál nombre quieres:
ser madre de tus padres y tu gente,
(que tal nombre te cuadra si nos dieres
remedio, como puedes, suficiente)
O ser la más cruel de las mujeres
y con tus mismos padres inclemente
en una de estas cosas te resuelve,
condénanos, o luego nos absuelve.
Al rey por cierto tiempo fingir puedes
precisa castidad tener votada,
y que cuando del voto libre quedas.

La prenda le darás tan deseado.
En este medio, tiende astutas redes
suspiros, llantos, vistas regaladas,
palabras tiernas, echo de estas cosas,
y lágrimas, si puedes, amorosas.
Suspenderás del rey la furia loca
con estas apariencias, Isabela,
volviendo con el aire de tu boca
a todas partes su movable vela;
así nuestra sentencia se revoca,
así puede fingirse la cautela;
y nosotros también en este medio
seguros aprestar nuestro remedio.
No salga sin efecto nuestro lloro,
ni áspide cruel en esto seas,
así la majestad del sumo coro
disponga de tus cosas cual desees,
y tus cabellos, émulos del oro,
en blancas canas convertidos veas,
después de largos años venerada,
de hijos y de nietos rodeada.
¿Por qué razón te turbas y suspiras?
¿Tan duro te parece lo que pido?
Con una risa falsa y dos mentiras
tienes este negocio concluido.
Por estas tristes lágrimas que miras,
por este vicio cano y afligido,
por esta triste madre te conjuro
no muestres a mis ruegos pecho duro.
Si ver la perdición de los cristianos
no basta (que bastar sólo debía),
ni la muerte cruel de tus hermanos.
La de tu vieja madre, ni la mía,
por el que puesto en cruz las santas manos,
hijo del Padre eterno y de María,
te conjuro, te ruego, pido y mando
que muestres a mis ruegos pecho blando.

ENGRACIA

Hija, ¿qué digo? Lumbre de estos ojos
que, como tú les faltas, son ya ciegos,
y un tiempo suspensión de mis enojos,
inexorable ya para mis ruegos,
y yo satisfacción de tus antojos
en tu niñez y vagamundos juegos,
y en más crecida edad con mil arreos

complacencia también de tus deseos.
¿Por qué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
besándote los pies y descompuesta,
merced a voces de mi corta vida?
¿O gustas de mirar ante ti puesta
esta mísera gente perseguida?
Di, ¿qué solemnidad del pueblo quieres,
que tanto la respuesta nos difieres?
Por esos pocos años florecientes,
y por la muchedumbre de los míos;
por estos tristes ojos hechos fuentes,
¿qué digo fuentes? Caudalosos ríos,
te ruego yo, te ruegan tus parientes,
que dejes las excusas y desvíos
que contra nuestras justas peticiones
por ventura, recoges y compones.
Mira que si salimos de los muros
por el segundo César fabricados,
a más que no saldremos muy seguros
de ser todos o muertos o robados,
porque jamás los bárbaros perjuros
observan ley ni pactos concertados,
la sagrada ciudad queda desierta,
y nuestra religión en ella muerta.
El templo de la Virgen quedaría,
si no por los cimientos derribado,
a lo menos con vicios cada día
de los odiosos moros profanado;
y todo su tesoro se daría
en manos del sacrílego malvado,
reliquias y devotos simulacros,
todos los ornamentos al fin sacros;
el cual prevaricándoles el uso,
osará coronar su torpe frente
de la corona que a la Virgen puso
(digo a su imagen) la devota gente
y con introducción de tal abuso
trocadadas en oficio diferente,
servirán las casullas y frontales
de marlotas al fin, o cosas tales.
Harán de las dalmáticas jaeces
a los fieros caballos andaluces,
con las borlas pendientes, que mil veces
acompañaron clérigos y luces;
y para refirmar los pies soeces,

el oro servirá de nuestras cruces,
haciendo de él labradas estriberas,
quizá con las historias verdaderas.
Pero dejando aparte los tesoros,
y las vidas por Dios bien empleadas,
vuelve a mirar ahora nuevos lloros
de las míseras madres lastimadas,
que dejan sus hijuelos a los moros,
y por el consiguiente condenadas
sus almas, pues serán de su ley misma,
haciéndoles dejar la sacra crisma.
¿Será posible pues que tú permitas,
con daño de los tuyos infelices,
que solas permanezcan las mezquitas,
y que sus ignominias autorices?
Tú, tú, de la ciudad sagrada quitas
la religión cristiana y sus raíces:
tu dura pertinacia nos destierra,
y no la del tirano de la tierra.

ISABELA

No más, no más, queridos padres, basta,
si no queréis sin vida verme luego,
que donde la razón así contrasta,
poca necesidad hay de tal ruego.
Yo pues con intención sincera y casta,
sólo por procurar nuestro sosiego,
al fiero rey daré de amor señales
fingidas, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO

La bendición de Dios omnipotente,
y la nuestra también recibe ahora
tu nombre se dilate y acreciente
en cuanto mira el cielo y el sol dora;
y si es de creer que alguna gente
debajo del ignoto polo mora
allá tus alabanzas se dilaten,
y con admiración todos las traten.

ENGRACIA

Estos maternos brazos lo primero
recibe por señal de lo que siento:
sírvente de collar, bien cual grosero,
pero lleno de amor y de contento.
Que en otro tiempo más felice espero

con mayor aparato y ornamento
mejorar estos dones, y tu cuello
ceñirlo del metal de tu cabello.

VIEJO

En tanto que el caudal del Ebro vaya
al poderoso mar Mediterráneo,
y en el alto Moncayo nieves haya,
Nieves que por renombre le dan cano,
y en tanto que dividan y hagan raya
entre el aragonés y el aquitano
los altos y nevados Pirineos,
donde tienen los nuestros sus trofeos,
tus obras cantaremos excelentes,
si bien a la desierta Libia vamos,
o bajo de la zona los ardientes
y no sufribles rayos padezcamos,
y nuestra sucesión y descendientes
darán las mismas gracias que te damos;
los niños con la lengua ternezuela
repetirán el nombre de Isabela.

LAMBERTO

No gastemos el tiempo más en esto;
¿no veis que la tardanza dañar puede,
y que según el rey está dispuesto,
el caso dilaciones no concede?

ISABELA

Dejadme sola pues, porque más presto
trazada mi intención astuta quede,
porque la soledad es aparejo,
y verdadera madre del consejo.

LAMBERTO

El Espíritu santo pues presida
en tus justos designios, Isabela,
y los del enemigo ahora impida
con esta nuestra lícita cautela.

Escena II

ISABELA

ISABELA

Cual suele de los vientos combatida
en el soberbio mar hinchada vela,
los cuales a gran furia la releven,
y con alternos sopios se la llevan;
el dudoso piloto no bien sabe
a cuál de los dos vientos seguir deba
al uno vuelve ya la frágil nave,
y luego de seguir al otro prueba,
y en tanto que consulta el hecho grave,
éste y aquél a más andar la lleva,
y sin determinarse llega a puerto,
mucho más que el dudoso mar incierto;
de tal manera voy confusa el alma,
a buscar el remedio de mi gente;
por otra parte mi Muley me llama
de la triste prisión con voz doliente
¿qué debe hacer quien ambas cosas ama?
¿A cuál debe mostrarse más clemente?
¿A quién he de poner aquí delante
a la fe, o a la patria, o al amante?
Sin saber resolverme, voy confusa
a los odiosos pies del rey tirano,
y con adulación, como se usa,
le tengo de besar la fiera mano,
juntamente buscar bastante excusa
de refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo: tú me guía,
estrella de la mar, dulce María.

Escena III

ADULCE, SELIN.

ADULCE

Tres veces os he visto, verdes plantas,
de vuestras verdes hojas despojadas,
tres veces descompuestas, y otras tantas
de flores y de frutos adornadas,
después que la soberbia, sobre cuantas
han sido por hermosas celebradas,
aja cruel, origen de mi pena,
a mi dura cerviz puso cadena.
Dejé los altos muros de Valencia,
ciudad con lo demás del reino mía,
huyendo la tirana competencia

que contra mi poder prevalecía;
y para castigar su resistencia,
atrevido furor y tiranía,
al rey de Zaragoza, mi pariente,
amistad demandé, favor y gente.
Cosa no me negó de las que digo;
pero ninguna de ellas cumplir puede
hasta que dé lugar el enemigo,
y con seguridad el reino quede.
En este medio tiéneme consigo,
y libertad tan larga me concede,
que puedo disponer de su corona,
y casi represento su persona.
¿Pero de qué me fío, pues que tiene
una rabiosa tigre por hermana?
Tigre que de mi llanto se mantiene,
mas antes no lo escucha, ni se humana,
tres años ha que vivo me entretiene
una esperanza de mi gloria vana,
y tantos ha también, ¡ay, Aja fiera!
Que tu terrible furia persevera.

SELIN

Tiempo vendrá, señor, en el cual veas
las tierras usurpadas en tu mano,
y que sin sobresalto las poseas,
echando fuera de ellas a tu hermano,
y que goces la llama que desees,
o vivas de su llaga fiera sano:
cosa fácil por cierto la postrera,
si con sagacidad se considera.

ADULCE

Aunque la majestad perdida cobre,
como tú pronosticas y yo creo,
y mi prosperidad me suba sobre
los montes de venganza que deseo,
no dejaré por eso de ser pobre,
si junto con el cetro no poseo
la dama, que merece dignamente
ser más que respetada de la gente.
Pero dime, si sabes, ¿Aja quiere
salir, como dijeron, hoy a caza?
Porque quiero seguilla adonde fuere,
y dar a mi dolor alguna traza.

SELIN

De cierto no lo sé, pero quien viere
los hombres que concurren a la plaza
y cubren del palacio la gran puerta.
Su salida tendrá, señor, por cierta.
Un palafrén más blanco que la nieve,
con guarniciones rojas y doradas,
de la puerta real el polvo mueve,
y deja en él las manos estampadas:
éste pienso será para que llevo
a tu dama, señor, que las preciadas
guarniciones y silla dan indicio
que sólo debe ser de su servicio.

ADULCE

Pues yo sin ocasión alguna tardo.

SELIN

Así me lo parece.

ADULCE

Vamos luego,
que pues en amorosas llamas ardo,
no tengo de tener aquí sosiego.

SELIN

Un caballo te espera tan gallardo,
que dirán que nació de vivo fuego,
y que de viento sólo se mantiene;
tanta velocidad y fuerza tiene.

Escena IV

ALBOACEN, AUDALLA, UN PORTERO.

AUDALLA

Ahora que mostrar contento debes,
pues tienes en prisión a tu contrario,
cuyas horas de vida serán breves,
¿por qué, tan al revés de lo ordinario,
con la dulce venganza te entristeces,
y muestras del principio tu fin vario?
Y tú que graves pérdidas mil veces
con los ojos enjutos has mirado,
¿ahora sin razón los humedeces?

Viste morir tu viejo padre al lado,
¿y negando a su muerte digno llanto,
lo das a la de un perro renegado?

ALBOACEN

Es la amistad un nudo firme y santo,
y de todas las cosas de la vida
alguna no verás que valga tanto:
a todas es de sabios preferida,
en todos los estados importante
compás de los mortales y medida.
Es la amistad el mauritano atlante
que la celeste máquina sostiene,
digo que es a tal monte semejante:
también nombre de monte le conviene,
porque por más que el cielo se revuelva,
y arroje rayos, y con ira truene,
y puesto que en cenizas se resuelva,
con furia de las llamas y los vientos,
la vieja cumbre de encinosa selva,
jamás mudan los montes sus asientos,
ni los fieles amigos mudar pueden
en las adversidades los intentos.
Así que con razón mis ojos llueven
estas copiosas lágrimas, pues vemos
que los más firmes montes ya se mueven
y es gran razón, Audalla, que lloremos,
cuando vemos morir la fe sagrada
en los que más constante la creemos.
No lloro por la muerte desdichada
que a Muley ha de darse; pero lloro
por ver que con razón le será dada.
Dejó nuestra mezquita, siendo moro;
robome la cristiana rigurosa,
olvidando su ley y mi decoro.
Muéveme la venganza sanguinosa,
y la sacra corona con que ciño
la cabeza real y poderosa.
Yo mismo juntamente me constriño
a la misericordia que demanda
el amor que le tuve desde niño;
y cuando ya parece que me ablanda,
pónese la justicia de por medio,
y que muera Muley a voces manda.

AUDALLA

En su muerte consiste tu remedio;
y pues sabes, señor, lo que se gana,
elige por tu bien del mal el medio.

PORTERO

Poderoso señor, una cristiana
que a no dar de sus males apariencia,
la juzgara por diosa soberana,
para besar tus pies pide licencia,
y para relatarte su fatiga,
como tú sueles darles grata audiencia.

ALBOACEN

Su petición y nombre di que diga.

PORTERO

Isabela se llama, según dijo.

ALBOACEN

Ya su misma dureza la castiga.
Entre, pero yo juro de estar fijo
en mi resolución, por más que oya
palabras tiernas y clamor prolijo.

AUDALLA

Los caudillos, señor, de la gran Troya,
por entrar el caballo como ciegos,
creyendo ser de Palas don y joya,
vieron de noche los ocultos fuegos
salir de la gran máquina preñada
de la grave cautela de los griegos.
Así, señor, la gente bautizada
temo que con el medio de esta dama,
alguna gran traición tienen trazada.

ALBOACEN

Antes pienso cubrir así mi llama,
que pueda descubrir su pensamiento,
y ver que tan de veras me desama.
¿Qué nueva turbación es la que siento
con ver esta cristiana? Pero venga,
que no podrá mudarme de mi intento.

Escena V

ISABELA, ALBOACEN, AUDALLA.

ISABELA

Poderoso señor, porque no tenga
ocasión de cansarte tu cautiva
con largos ruegos y prolija arenga,
y porque la pasión es excesiva,
a mí triste semblante me remito,
semblante de mujer apenas viva.
Parte de mi dolor verás escrito
en mis húmedos ojos, pues con ellos
los duros pechos a llorar incito;
y parte de él verás en los cabellos,
sembrados a los pies que tienes puestos
sobre rendidos y postrados cuellos
parte verás en los turbados gestos
de nuestros miserables ciudadanos,
no sé por qué razón a ti molestos:
parte verás en mis cruzadas manos,
que cautiverio triste significan
de tus vasallos míseros cristianos
mas antes estas cosas las publican
hasta los animales sin sentido,
y todos lo que yo, señor, suplican.
En suma, gran señor, lo que yo pido,
es una general misericordia
con este nuestro pueblo perseguido;
y que con nuevos pactos y concordia
suspendas de tus siervos el tumulto,
nacido de esta súbita discordia:
y no lo dudo yo, ni dificulto,
pues por ser cosa justa, será tuya
que todos consigamos este indulto.
Tu benigna bondad nos constituya
en nuestras posesiones y descanso,
sin que tu gran castigo se concluya
y porque con mis voces quizá canso,
proseguiré con lágrimas mi ruego,
hasta que me respondas, señor manso.

ALBOACEN

Verdad es; pero ser sin causa niego,
que yo con mis edictos y pregones
he querido turbar vuestro sosiego
moviéronme justísimas razones,
infaustas y tristísimas señales

de fieras y sangrientas rebeliones;
y para prevenir a tantos males,
con un alfaquí docto me aconsejo,
que sabe los erectos celestiales;
pues hechos sus conjuros, el buen viejo
diome del vaticinio por respuesta
un duro y asperísimo consejo.
Yo vi con apariencia manifiesta,
que no fue la respuesta por él mismo,
mas por algún espíritu compuesta,
como si alguna furia del abismo
al sabio las entrañas lo royera,
o como que le toma parasismo,
con los mismos erectos: y tal era
la presencia del viejo, cuando vino
a darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino,
torciéndose las manos arrugadas,
los ojos vueltos de un color sanguino:
las barbas, antes largas y peinadas,
llevaba vedijosas y revueltas,
como de fieras serpes enroscadas
las tocas, que con mil nudosas vueltas
la cabeza prudente le ceñían.
Por este y aquel hombro lleva sueltas
las horrendas palabras parecían
salir por una trompa resonante,
y que los yertos labios no movían.
Si quieres que tu Dios, o rey, levante
la rigurosa diestra (dijo) mira
el medio que será sólo bastante.
Si quieres aplacar tan grande ira
como muestra tener nuestro profeta
pues ya de tus estados se retira;
si no quieres tu gente ver sujeta,
y también descompuestas ambas sienes
del lucido metal que las aprieta,
conviene que te prives y enajenes
de la persona triste de tu corte,
a quien más voluntad y afición tienes:
aquella que te da mayor deporte,
ahora sea varón, o ahora sea
la dama que tomases por consorte.

AUDALLA

Según el rey lo finge y hermosea,

parece que es verdad esto que dice: (Aparte.)
¿Habrá quien esta fábula no crea?

ALBOACEN

Divisas diferentes de ello hice,
la gravedad del caso ponderando,
por ver el que será tan infelice,
mis gentes y vasallos numerando,
sus obras y servicios repitiendo,
y cada cosa de ellas ajustando,
mi voluntad dudosa confiriendo
con cada cual, por ver a quién amaba:
¡extraña voluntad, y amor horrendo!
Y en tanto que con duda tal estaba,
llegó nuevo dolor a la memoria
y claro le mostró lo que buscaba
y vi que de la vida transitoria
eres tú solamente quien podía
darme mas aflicción o mayor gloria.
Creí luego que el hado disponía
que fueses tú la víctima y ofrenda
que pide la confusa profecía;
y que para torcerme de la senda
por donde me despeña mi deseo,
a ti sola su furia comprenda,
por ser en nuestra secta caso feo
amar a quien a Cristo reverencia,
que ya debes saberlo, según creo.
Todos interpretamos la sentencia,
aunque con gran dolor de parte mía,
contra lo que merece tu presencia.
Así para cumplir lo que debía,
te quise desterrar ocultamente
con darte tan copiosa compañía
y mandé pregonar públicamente
que salga dentro tiempo limitado
fuera de Zaragoza vuestra gente.

ISABELA

¡Con qué supersticiones engañado,
o poderoso rey, te determinas
a perseguir el pueblo bautizado!
Mira que las sentencias repentinas,
por un sólo varón determinadas,
suelen parar en míseras ruinas;
y que muchas provincias encumbradas,

por otras novedades semejantes,
quedaron abatidas y postradas.

ALBOACEN

¡Oh, mujer afligida! ¿Por qué antes
de saber mi propósito dos voces?
Oye, mas ruégote que te levantes.
Ya quiero que gocéis, y que tú goces
todo cuanto me pides, puesto caso
que mis largas mercedes desconoces.
Verdad es que me mueve nuevo caso,
y no tu triste ruego solamente,
que muy más adelante en esto paso.
Por el común descanso de mi gente,
por dar satisfacción al gran profeta,
y ser a sus preceptos obediente,
por ser tú la persona más asceta,
y que mi voluntad tiene propicia,
y no sólo propicia, más sujeta:
creyendo que del cielo la justicia
con esto me mandaba que dejase
del amor insaciable la codicia,
mandé por mi ciudad se pregonase
que nadie de la gente bautizada
en los muros augustos habitase.
Quedaras tú con esto condenada;
mas en tu vez hallar pude persona,
por justas ocasiones más amada,
tanto, que pospusiera mi corona
por no privarme de ella, mas el hado
sin esta privación no me perdona.
Al fin, es Albenzaide, mi criado,
quien pudo suspender vuestro castigo
y quien ha de morir por ser amado:
que pues lo quiero tanto, como digo,
con traspasar en él vuestra sentencia
de todo lo demás me desobligo.
Segura parte ya de mi presencia
a consolar tus míseros cristianos
con dalles tú la nueva, y yo licencia.
¿Por qué con ira tuerces ambas manos
y con tan tristes lágrimas ahora
eclipsas esos ojos soberanos?
Injustamente un hombre su mal llora
después que ya su furia no le daña,
o cuando claro ve que se mejora.

ISABELA

Si quieres aplacar. ¡Oh rey! La saña
del que llamas profeta con privarte
del que te da más gusto, ¡ley extraña!
Yo quiero ser aquí contra mi parte,
por ver a la razón de la contraria,
y de tu ceguedad desengañarte.
¿Tú tienes ya por cosa necesaria
privarte del que amares más?

ALBOACEN

Concedo.

ISABELA

Pues mira tu sentencia temeraria.
Injustamente yo sin pena quedo,
pues soy la más amada.

ALBOACEN

¿De qué suerte?

ISABELA

Porque contigo más que todos puedo.
Esta sola razón puede vencerte.
A mí me desterrabas por castigo,
y das a tusvasallos cruda muerte.

ALBOACEN

Pudírame valer eso contigo,
mas no con un varón tan importante,
el cual fuera viviendo mi enemigo.

ISABELA

Quiero que esa razón fuera bastante.
Pero dime: ¿tuvieras amor firme
al moro si lo vieras inconstante?

ALBOACEN

Antes por acertar bien a servirme,
y serme tan leal, su muerte lloro.

ISABELA

Luego ya no podrás contradecirme:
pues yo que no leal como ese moro,
antes traidora soy o tu grandeza,

la cruz es mi señal, y a Dios adoro.
Con ver en mí tan clara la dureza.
Con verme, como digo, bautizada,
no te pude mudar de tu firmeza,
mas antes soy de ti muy respetada,
que tanto cuanto yo me muestro dura,
tú muestras voluntad aficionada.
¿Sufrieras tú del moro por ventura
tan grandes desacatos y desdenes?
Ya dijiste que no.

ALBOACEN
Fuera locura.

ISABELA
Luego mayor amor a mí me tienes.
¿Por qué condenas pues al menos grato?
A mí será mejor que me condenes.
¿Consiste, di, señor, en un buen trato,
con la que te desama ser benigno,
y con el que te sirve bien ingrato?
Si sus fieles servicios le hacen digno
del amor que te muestras, ¿es ley justa
pagarle con castigo tan indigno?
Por sentencia tendré menos injusta,
que todos los cristianos miserables
dejemos la ciudad Cesaraugusta.

ALBOACEN
Ya no son tus palabras tolerables,
ni yo puedo sufrir en mi presencia
que con tal libertad y furor hables.
Con menos artificio y elocuencia
a tu cristiano pueblo defendías,
cuando me provocabas a clemencia;
porque su propio daño no tenías
por tan propio, traidora, como tienes
éste que contradices por mil vías.
A solo defender su causa vienes,
según has olvidado la primera,
y de razones prontas te previenes.
¿Puedo disimular? ¿Quién tal creyera,
que la que con un rey fue rigurosa,
con un vasallo suyo no lo fuera!
La muerte pues que pides animosa,
¡oh perra!, te darán en compañía

del perro que te tiene por esposa.

ISABELA

Ese fiero furor y tiranía
las vidas cuando mucho, quitar puede:
Muley dará la suya, y yo la mía:
pero después la gloria que sucede
al martirio dichoso, no la quita,
ni tal jurisdicción se te concede.
En Muley hallarás otro levita;
pues para ser católico cristiano,
en su patria dejó vuestra mezquita.
En mí verás también, como Daciano,
el pecho que mostró la virgen bella,
honor del apellido lusitano.
Yo pues te seguiré, casta doncella,
cuyo sangriento clavo resplandece
en tu divina frente como estrella.

AUDALLA

Poderoso señor, ¿no te parece
que todo lo que dije verifica
quien ambas las dos vidas nos ofrece?

ALBOACEN

Delitos a delitos multiplica
quien, sin arrepentirse de los hechos,
después con pertinacia los publica.
En polvos los cadáveres deshechos,
y vuestros corazones tan conformes
arrancados veré de vuestros pechos.

ISABELA

Pues aunque de metal un toro formes,
y quieras como un Fálaris tirano,
inventar los castigos más enormes,
el pecho que se precia de cristiano
recibirá gozoso cuantas penas
inventes y procedan de tu mano.
¡Oh lazos apacibles, y cadenas
temidas de los flacos corazones,
por ser de tales ánimos ajenas!
Ceñidme ya, dulcísimas prisiones,
seréis preciosas arras de mis bodas,
y del esposo dulce gratos dones:
venid a mí, cargad sobre mí todas;

y tú, danos el tálamo dichoso
que para los dos juntos acomodas.

ALBOACEN

En el lugar que sabes tenebroso,
Audalla, mandarás que pongan esta
enemiga cruel de mi reposo;
y después que la dejes allí puesta,
vendrás adonde dije, porque quiero
solemnizar de veras esta fiesta.
Esto con brevedad, porque te espero.

AUDALLA

Así se hará, señor, ¡oh desdichado,
mas antes venturoso carcelero!
¡Oh rey! En mi poder has hoy dejado
la joya que yo precio más ahora
que todo cuanto Dios tiene criado.
Desviaos ya vosotros. Tú, señora,
confía, pues Audalla va contigo,
que la contraria suerte se mejora.

ISABELA

¿Qué dices?

AUDALLA

Tú sabrás lo que yo digo
cuando los dos estemos donde haya
dejado los que van aquí conmigo.
Ni la trabéis de brazo ni de saya;
dejadla, bien podéis seguramente,
que de su voluntad ella se vaya,
y no venga tampoco tanta gente.

Escena VI

AJA

AJA

No somos ambos hijos de una madre,
injusto rey, por cierto no lo creo;
tanto diferenciamos en los hechos
mas antes juzgo yo por lo que veo,
que algún helado monte fue tu padre,
y tigres te debieron dar los pechos.

¿Tú los servicios hechos
or Albenzaide fuerte
pagas con triste muerte?
¡Injusto galardón, sentencia dura!
Yo Aja, sin ventura,
del soberbio mancebo desamada,
por más que me fue duro,
tu rigurosa espada
de esa bella cerviz quitar procuro.
En mi secreto tálamo fundado
sobre los claros baños y jardines,
donde el rey muchas veces se recrea,
hay un balcón cubierto de jazmines,
lugar para mirar acomodado,
sin que la gente del jardín lo vea:
yo, como quien desea
saber su mal, y acecha,
o porque mi sospecha,
o porque la costumbre me llamaba,
en el balcón estaba,
y vi venir al rey con rostro fiero,
tan solo con Audalla,
su falso consejero.
Mas ¡ay en quien amor ofensa halla!
Mis oídos atentos, y sus voces
altas, por ser con ira, me mostraron
ayudando también los movimientos,
gran parte de las cosas que trataron
los indignados ánimos feroces,
y la revolución de sus intentos.
Parte de ellos los vientos
y sonoras corrientes
de las heladas fuentes
no dejaron llegar a mis oídos,
y de ellas impedidos,
la causa de sus cóleras ignora
al fin dieron sentencia
contra mi dulce moro
en el secreto tribunal y audiencia.
¿De qué furor movido, duro viejo,
a tal atrocidad, a tan gran furia,
el venenoso pecho solicitas?
¿Y cuál fue de Muley tan gran injuria
para que sin proceso ni consejo
la vida, rey, le quites, como quitas?
¡Oh cielo, no permitas,

pues eres justiciero,
u suceso tan fiero!
Y tú también, Adulce, llega presto,
otras veces molesto,
ahora sumamente deseado:
oye, que tu tardanza
aumenta mi cuidado,
y muere, si tú tardas, mi esperanza,

Escena VII

ADULCE, AJA.

ADULCE

Si sobre las almenas de Valencia
hubiese ya fijado mi bandera,
y todos sus rebeldes castigado,
por menos buen suceso lo tuviera
que mandarme venir a tu presencia,
habiendo sido de ella tan odiado;
pero pues he llegado
a la sublime cumbre,
si mudas de costumbre,
declárame, señora, qué deseas;
porque quiero que veas
cuán bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas
de la Libia me ofrezco,
si para tal trabajo me condenas;
y si con las desnudas plantas quieres
que pase de la Scitia los helados,
no tendré por difícil este hecho;
y si por el camino las espadas
sedientas de mi sangre me pusieres,
no dudaré de dallas este pecho.

AJA

Con juramento estrecho
primero, pues, te obliga,
que de lo que te diga
eternamente guardarás secreto.

ADULCE

Así te lo prometo,
y por mí ley lo juro.

AJA

Pues más quiero.

ADULCE

Juro que cuanto mandes
cumpliré si no muero.

AJA

Mira que son promesas las dos grandes.

ADULCE

A todas me prefiero.

AJA

Pues ahora

has de saber, Adulce, que te llama
Aja, la más que todas triste mora;
Aja, que tan sin culpa te desama;
Aja, que ya su mal cercano llora,
enemiga del rey y de su fama,
para que la defiendas con tu mano
de la furiosa diestra de su hermano.
No sé por qué razón, pero sé cierto
que Muley Albenzaide, señor mío,
señor ha muchos años encubierto,
aunque siempre conmigo mármol frío,
hoy ha de ser injustamente muerto.
Si tú, de cuya diestra me confío,
no te libras, señor, del vivo fuego,
con armas, cuando no valiere ruego;
si matan al mancebo de tal suerte,
yo moriré también desesperada.
A mí me libra pues de cruda muerte,
si tanto como dices soy amada.
Apiádate pues, ¡oh varón fuerte!
De esta tierna muchacha enamorada:
no mires a que fui dura contigo.
y te mando librar a tu enemigo.
Y si de mis desdenes ofendido,
procuras la venganza dignamente
mi pecho, que del mal autor ha sido
tus rigurosas manos ensangrientes:
mas con fiero suplicio no debido,
Muley, en mis delitos inocente,
no permitas que muera; viva, viva,

y muera yo, que fui y soy esquivada.
Por esa fuerte diestra, la cual veas
de tus rebeldes moros vencedora;
por la digna corona que deseas;
y si puedo decir, por esta mora,
en quien la voluntad tan mal empleas,
y tienes o tuviste por señora,
te suplico, señor, que, a Muley libres,
y luego contra mí tu lanza vibres.
¿Por qué no me respondes? ¿Por ventura
pretendes no cumplirme la promesa?
¿O puédome partir de ti segura?
¿Aceptas con silencio tal empresa?
En tanto que suspensa mi ventura
tu valor y mi priesa te da priesa,
a tus ya favorables pies me postro,
tendidos los cabellos por el rostro.

ADULCE

¡Hay caso más atroz ni temerario!
¡Oh dama rigurosa! ¿Qué pretendes?
¿Yo tengo de librar a mi contrario,
Sabiendo que por él a mí me ofendes?
Pero porque no digas que soy varío,
yo quiero defender al que defiendes:
a lo menos haré con tal oficio,
aunque sin galardón, algún servicio.
¡Oh vana, pretensión de los humanos,
que viven de sus cosas confiados
en la prosperidad del mundo vanos,
sobre las altas ruedas colocados,
y vienen muchas veces a las manos
de aquellos a quien tienen agraviados,
los cuales, en lugar de hacer venganza,
convierten sus miserias en bonanza!

AJA

¡Oh pecho sin razón desheredado,
no sólo de tu reino, mas del mundo!
Que sólo se te debe tal reinado,
sólo, sin que conozcas rey segundo.
Tan cortés y benigno te has mostrado,
que yo misma de verlo me confundo:
conozco cuán ingrata fue contigo,
y con esta venganza me castigo.
Y ya que dignamente recompensa

no puede recibir tu cortesía,
pues no puedo pagarte sin ofensa
del moro, cuya soy, pues no soy mía;
aunque fortuna varia que dispensa,
y por su voluntad las cosas guía,
las nuestras las dispone como pido,
jamás pondré tus obras en olvido.
Y si sucede bien, como lo creo,
pues te llevo, señor, por mi columna,
tu gozo gozarás de este trofeo,
sin que de él participe la fortuna;
pero si sale vano mi deseo,
culpa no te daré, señor, ninguna,
mas sólo quejareme de los hados,
contra mis pretensiones conjurados.
Y porque, como sabes, la tardanza
muchos buenos sucesos desbarata,
y por el consiguiente los alcanza
quien con solicitud sus cosas trata,
parte luego, señor, con esperanza
de que tu pretensión ha de ser grata,
que yo me voy también con harto miedo.

ADULCE

Y yo con las mortales ansias quedo.

Escena VIII

ADULCE

ADULCE

¿Ha quedado tormento, por ventura,
sin ser fiero verdugo de mi pecho?
¿Puede llegar a más mi desventura?
¿Puedes hacer, amor, mas de lo hecho?
Amo sin esperanza, ¡cosa dura!
Dejo por el ajeno mi provecho;
y no sólo mi mal llevo conmigo,
sino también el mal de mi enemigo.
No sé cómo será, porque primero
que me contase Aja su fatiga,
sólo por ser Muley tan buen guerrero
que con razón a todos nos obliga,
al rey rogué por él; pero severo
al punto respondió: que lo castiga

con gran razón; y en esto resolutivo,
quedó mi pretensión sin algun fruto.
Pues vemos que los ruegos salen vanos
y tengo tanta gente de mi porte,
será bueno valerme de las manos,
y junto con las fuerzas poner arte
y con mentido traje de cristianos,
pasada de la noche la más parte,
asaltar la prisión y cárcel fuerte,
para librar al moro de la muerte.
¡Oh ciego desatino, qué pretendo!
Veamos, puesto caso que sucedan
muy bien cuantas quimeras voy haciendo,
y defender las guardas no se puedan
si los contrarios yo del rey defiando,
mis hechos y mi fama, ¿cuáles quedan?
Mancillados por cierto, pues que trato
de ser con quien me da favor ingrato.
Pues, ¿debo de quebrar la fe debida
al rey, de cuya mano mi persona
espero que será restituida
en los perdidos reinos y corona.
Os quebraré la jura prometida
a esta ferocísima leona?
¡Terrible duda! Todo lo revuelvo,
y no me determino ni resuelvo.
Éste con beneficios me detiene,
aquella con su mando me da priesa,
suspense cada cual mi pecho tiene,
sin decidir cuál más o menos pesa.
¿Mas qué necio furor es el que viene,
y de mis confusiones hace presa?
Sigamos esta furia que me llama,
y viva para siempre nuestra fama.

JORNADA III

Escena I

AUDALLA, ISABELA, UN ALCAIDE.

AUDALLA

Hete querido dar, perra, la vida,

y despreciasla tú de tal manera,
que no temes la muerte, tan temida
del hombre más valiente que la espera,
pues luego se verá si fue fingida
esa severidad o verdadera,
y si con el principio de las penas
la furia de la cólera refrenas.

ISABELA

¿Adónde me lleváis?

AUDALLA

Adonde veas
primero que las llamas encendidas
a los que tanto hablar y ver deseas,
para que te consueles y despidas:
porque puesto que ya tan dura seas,
sin mirar las ofensas recibidas,
el último consuelo te dejamos.

ISABELA

Invención de tiranos es; mas vamos.

AUDALLA

Antes vendrán aquí: llamados luego;
pero mejor será que yo los llame.

ISABELA

Una sola merced señor, te ruego;
y después de cumplida, muerte dame.
No pido que me libres, no, del fuego,
sentencia reputada por infame,
y para mí dichosa: solo quiero
me dejes con Muley hablar primero.

AUDALLA

Yo voy; haced vosotros lo que digo.

ISABELA

¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo,
dejes, Muley, tu fe; mas no lo creo
pero si yo me puedo ver contigo
bien sé que ganaremos hoy trofeo,
y coronas de mártires gloriosos,
contentos y purísimos esposos.

ALCAIDE

Ahora mira pues, ¡oh triste dama!
Estos tan conocidos troncos fríos,
troncos que produjeron esa rama,
y vierten por sus cuellos rojos ríos;
hoy tienes ocasión de ganar fama.

ISABELA

¡Ay, padres desdichados, por ser míos!
¡Ay, hermana también! ¡Qué dura mano!
¡Ay, implacable saña de tirano!
¿A cuál de estos tres cuerpos son debidas
estas copiosas lágrimas que vierto?
¿A cuál han de lavalles las heridas
que los fieros puñales han abierto?
¿Sobre cuál de las prendas conocidas
ha de caer con tal dolor incierto
éste con gran razón dudoso pecho?
¿A cuál abrazaré con lazo estrecho?
¡Oh padres, otro tiempo cuidadosos
de mis infaustas bodas, si llegaran!
¿Así me consoláis en los fogosos
tormentos que los moros me preparan?
¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos
los pechos más rebeldes ablandaran,
hermana, consejera de mis males,
a ver mis vituperios así sales?
¿Así me consoláis la partida,
y me dais a besar las santas manos?
¿Así de vuestros brazos detenida
me sacan con violencia los paganos?
¡Oh diestra de los nuestros homicida!
Tirano, descendiente de tiranos,
¿por qué las bendiciones de mi padre
me niegas, y los besos de mi madre?
Pero yo, temeraria, ¿por qué lloro,
y las ilustres ánimas ofendo?
Ellas ocupan ya las sillas de oro,
las celestiales músicas oyendo,
y yo con imputar al fiero moro
la voluntad inmensa reprehendo.
¡Oh loca! ¿Tú no sabes que del cielo
procede lo que miras en el suelo?
Dios quiso colocarlos de tal suerte
entre los que contemplan su grandeza,

y dar a mi paciencia con su muerte
un toque verdadero de firmeza.
Ea pues, Isabela, tú conviérte
en alboroto dulce esa tristeza;
de las adversidades fuerzas sala,
cual suelen de las víboras triaca.

ALCAIDE

Cubrid esos difuntos, no los vea,
y con ellos le demos ya materia,
que nuestra confusión notoria sea,
en gozo convirtiendo su miseria.
Y no puedo negarte, mujer rea,
que cuando la famosa Celtiberia
de dignas alabanzas careciera,
por sola tu constancia las tuviera.

Escena II

AJA

AJA

Por ser de nuestra casa lo más alto
estoy en esta torre congojosa
con un apasionado sobresalto;
acá y allá la vista codiciosa
me lleva por los campos diligente
el triste corazón que no reposa.
¡Ay, Aja!, con cuidado diferente
solías frecuentar estos lugares,
para tender la vista libremente.
¡Mas ay, memoria triste!, ya no pares
a contemplar el bien que no poseo,
cuando vienen los males a millares.
El horrendo lugar de lejos veo,
en el cual suelen dar infame pena
los ministros fierísimos al reo.
De gente la campaña miro llena:
de voces y trompetas discordadas
un confuso clamor en torno suena.
De polvo densas nubes levantadas
oscurecen los aires, y no dejan
discernir bien las cosas apartadas.
Parece que los campos se me alejan,
porque no pueda ver el caso fiero,

y que del riguroso rey se quejan.
¡Cuándo veré vislumbres del acero,
y llegar el socorro favorable
que del desheredado rey espero!
¡Cuándo veré librar al miserable
a las ardientes llamas condenado,
con un atrevimiento memorable!
Mas, Aja, ¿para qué tienes cuidado
del que no solamente no te quiere;
pero dicen también que es bautizado,
y que con pertinaz ánimo muere,
junto con Isabela, tan conforme,
que de su ley y pecho no difiere?
Pero por mucho más que disconforme
el suyo de mi pecho, no por esto
aprobaré castigo tan disforme.
¡Oh Dulce! No te tardes, llega presto,
que ya deben tener al condenado
en el ignominioso lugar puesto.
¡Qué llamas tan horrendas se han alzado!
El humo negro sube por los vientos,
y de ellos es acá y allá llevado.
¿Qué voces con tristísimos acentos
un cautivo cristiano viene dando?
¡Ay me! ¡Qué lastimosos movimientos!
El rostro con las uñas arañando,
rasgándose también el pecho viene,
los brazos a los cielos levantando.
¿Cómo no bajo pues? ¿Quién me detiene?
¿Por qué públicamente no pregunto
si Muley Albenzaide vida tiene?
¡Oh, si yace su cuerpo ya difunto,
acompañarle quiero con el mío!
¡Dichosa si me viere con él junto!

Escena III

AJA, NUNCIO.

NUNCIO

¡Oh pueblo religioso, pueblo pío,
con largo cautiverio castigado
debajo de tirano señorío!
Hoy eres por el suelo derribado,
hoy dos firmes columnas has perdido,

mas antes hoy dos santos has ganado-
¡Oh tirano cruel endurecido!
Castíguete la mano poderosa
de Dios, en sus cristianos ofendido.
De esta casa real y suntuosa
que vosotros llamáis Aljafería,
y yo cueva de sierpes ponzoñosa,
permita Dios que llegue presto día
en que caigan sus muros levantados,
absoluto poder y tiranía;
y los soberbios techos tan dorados,
en vengativas llamas yo los vea
por manos de los nuestros abrasados.
Y ya que preservada de esto sea,
alcázar se convierta de cristianos,
y príncipe cristiano la posea,
el cual para los pérfidos paganos
tenga después en ella cárcel fuerte,
y mueran castigados a sus manos.

AJA

Si vienes, ¡oh cristiano! Tú por suerte,
aunque bien lo declaras con tus voces,
de ver ejecutar la torpe muerte;
pues que mi voluntad también conoces,
declárame de todos el suceso,
así la libertad perdida goces:
que, puesto que soy mora, yo confieso
que tengo compasión de vuestras cosas,
por ver que son juzgadas con exceso.

NUNCIO

¡Oh tú que reprobar los malos osas,
cuando más prevalecen sus maldades,
y cortan sus espadas rigurosas?
Ahora de mi pena te apiades,
ahora lo preguntes con cautela,
para saber así las voluntades.
De nadie ya mi lengua se recela,
antes en altas voces contar quiero
las muertes de Muley y de Isabela;
pero mejor será contar primero
de sus padres, amigos y parientes
el martirio cruel, el caso fiero.

AJA

Mas antes yo te digo que no cuentes
sino de los dos solos.

NUNCIO

Pues prepara
de manantiales lágrimas dos fuentes.
Como suele fingir la madre cara
a veces del enojo del marido,
con el hijo que vio que desampara
el padre sin razón endurecido,
colérico la riñe si defiende
al joven de su casa despedido:
ella muestra que en ello condesciende,
pero llora después el hijo ausente,
de suerte que el marido ya lo entiende:
tal, y con tal dolor la triste gente,
a vueltas la cristiana con la mora,
encubren su pasión difícilmente.
Cada cual de Muley el caso llora,
por ser en la ciudad amado tanto,
y por su conversión mejor ahora.
Ni quedas, Isabela, tú sin llanto;
pues moros y cristianos afligidos
con lágrimas celebran tu fin santo:
mas por no ser del rey también punidos,
refrenando las lenguas temerosas,
daban indicios de esto conocidos;
y con las voces bajas y llorosas,
llenos de turbación, se preguntaban
la causa principal de tales cosas;
pero como los más se recelaban,
negando la respuesta sin hablarse,
los hombros y cabezas levantaban;
y como suelen muchos engañarse,
algunos en favor del rey decían
que con sabios debió de aconsejarse.
En tanto que estas cosas sucedían
y delante la cárcel apiñados
los atónitos hombres concurrían
sacaron a los tristes condenados
cuyos brazos, indignos de tal pena,
llevan a las espaldas amarrados,
encima de los cuales también suena,
dando clara señal de pesadumbre,
de torcido metal una cadena:
cércales, como tiene de costumbre,

así de los ministros del rey fiero,
como de circunstantes, muchedumbre.
La bella dama fue la que primero
maravilló la gente circunstante,
con descubrir el rostro tan severo.
Pasmáronse de verla tan constante,
que en ánimo, lugar y fortaleza
al valiente Muley iba delante.
No sólo no mostró tener flaqueza;
pero con ser tan triste la salida,
negó las apariencias de tristeza.

AJA

No deben estimar la corta vida
los que saben cuán frágil es su gloria,
y tienen su mudanza conocida.

NUNCIO

No rompas el proceso de mi historia,

AJA

Prosigue.

NUNCIO

Los cabellos extremados,
tan dignos de quedar en la memoria,
suelos, sin más adornos por los lados
con una redecilla conteniendo,
y de ella con el viento libertados,
andaban varias luces despidiendo,
como suelen tal vez las rubias mieses,
con este y aquel viento compitiendo.
¡Cosa digna de lástima!

AJA

No ceses.

NUNCIO

La gravedad del rostro no dejaba
llegar a los ministros descorteses:
con los hermosos ojos los turbaba,
que como la virtud se traslucía,
los ánimos más bárbaros domaba.
Notósele también cómo volvía
los ojos muchas veces, animando
al valiente Muley, que la seguía.

¡Extraña cosa ver un pecho blando
de una tan muchacha cuanto bella,
al más valiente joven consolando!
Topábanse los ojos de él y de ella;
los de Muley llorando por su muerte,
o por la de la huérfana doncella.
Al fin llora Muley, con ser tan fuerte,
(¡Oh virtud, cuánto puedes!) y la dama
una mínima lágrima no vierte.
Todo lo pasa bien quien a Dios ama
dejemos esos bárbaros gentiles,
que trocaron la vida por la fama:
mirad correr en años juveniles
a morir una dama tan contenta.
Pospuestas las flaquezas mujeriles,
como suele tal vez correr sedienta
a la vecina fuente veloz cierva,
cuyas hermosas aguas ensangrienta
hay un campo ribera de la Guerva,
al cual niegan los hombres el arado,
y Dios da en todo tiempo verde yerba:
lugar para dar muerte dedicado,
y por esto que digo tan inculto,
que de él huyen las fieras y ganado.
Aquí con grandes voces y tumulto
trajeron a los dos fieles cristianos,
que ya Muley dejó de serlo oculto
y luego los ministros inhumanos
espalda con espalda los ataron,
por los pies, por los hombros y las manos.
Todos los circunstantes se pasmaron,
y con silencio triste muy atentos,
cuanto les permitieron se acercaron:
dijeras que también los raudos vientos
se paraban a ver el caso fiero,
según vimos cesar sus movimientos.
El silencio rompió Muley primero,
y con osada voz y fuerte pecho
confesó ser cristiano verdadero.

AJA

¡Oh fermentido moro, tal has hecho,
y téngote yo lástima!

NUNCIO

La dama

prosigue de Muley el viril hecho,
diciendo: pues el pecho nos inflama
el que por redimir a los humanos
tomó para morir la cruz por cama,
preciémonos de ser sus cortesanos
y ya que cual él hizo no podemos
alargar en la cruz los pies y manos,
a sus graves tormentos imitemos:
tú puedes ser mi cruz y yo la tuya,
y juntos de esta suerte moriremos,
y pues las almas son hechura suya,
procure cada cual que cuando muera,
al mismo que la dio la restituya:
dijo: pero sin duda más dijera,
si rompiendo los aires una flecha
contra la bella dama no viniera:
entrose por la boca tan derecha,
que le clavó la lengua, que tenía
ya gran predicadora de Dios hecha.
Entró la flecha pues cuando salía
por la cristiana boca repetido
el nombre del gran hijo de María.
Todos vuelven a ver el atrevido,
mas antes el cruel que con tal furia
de tan grande maldad autor ha sido,
el cual fue Bayaceto de Liguria,
un tiempo bautizado, ya precito,
pues que dejó su ley por la lujuria:
alzan un general y triste grito,
y todos lo señalan con el dedo,
diciendo que merece ser proscrito
mas él se presentó con gran denuedo
diciendo que por honra de su secta
el arco disparó sin algun miedo.
Con esto la canalla ya quieta,
a la dama se vuelve, que tenía
inserta por la boca la saeta.
Una fuente de sangre despedía,
que por el blanco pecho discurriendo.
Coral sobre marfiles parecía;
y ya del blanco rostro desistiendo,
cual de cortada flor, el color bello,
las gracias se mostraban ir huyendo.
Inclinó con dolor el blanco cuello,
cual con la grande lluvia combatida
la dormidera verde suele hacello.

Así quedó la virgen adormida:
que la muerte del justo, sueño breve
le llaman, y principio de la vida.

AJA

A compasión grandísima me mueve
la muerte de esa dama desdichada.

NUNCIO

Es deuda general que se lo debe,
por estar, como dije, tan atada
al valeroso joven, que vivía,
no cayó la difunta desangrada.
El cuerpo de Muley la sostenía,
el cual debió sentir un nuevo peso
cuando la bella dama quedó fría
debióle discurrir por cada hueso
un hielo, cuando supo que, con vida,
con la que no la tiene estaba preso.
Así la vid nudosa, retorcida
por el amado tronco, que la tiene
encima de sus ramos sostenida,
por más que la pesada segur suene
y corte la raíz, ella segura
en el amado tronco se sostiene;
pero sécase luego su verdura,
y descubre los pámpanos marchitos,
la fruta, ni bien verde, ni madura.

AJA

¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!
¡Ay honra!, que suspendes mi querella,
y doblas mis tormentos infinitos.

NUNCIO

Muley, o que por ver a la doncella,
se quisiese volver forzosamente
y desatar los lazos de él y de ella,
o que, y es lo más cierto, del presente
dolor el corazón se le cubriese
con alguna congoja y accidente;
ahora por querer forcejear fuese,
ahora por desmayo repentino,
que como dicho tengo, le viniese;
al fin sin hablar más a tierra vino
con el amado peso de la dama,

como hiedra cortada con su pino.
Alrededor encienden viva llama,
la cual les escondió en humo luego,
y fue su conyugal primera cama.

AJA

Dime también, cristiano, yo te ruego,
¿hubo quien pretendiese, si lo viste,
libertará a los míseros del fuego?

NUNCIO

¿Tal cosa me preguntas? ¡Ay me triste!
Ni quien contradijese la sentencia,
sino con el recato que ya oíste.

AJA

Ya me faltan las fuerzas y paciencia;
déjame sola, joven desdichado.

NUNCIO

Pues yo me parto ya de tu presencia
a renovar el llanto comenzado.

Escena IV

AJA

AJA

Suspiros detenidos,
salid ahora ya del triste pecho:
ojos inadvertidos,
puesto que es sin provecho,
llorad, pues tanto daño me habéis hecho.
En tanta desventura
¿de quién me debo yo quejar primero?
¿De mi corta ventura?
¿De Muley, por quien muero?
¿Del rey, o de su falso consejero?
¿O sólo tendré queja
del fermentido moro valenciano,
que con su fraude deja
su juramento vano,
cuando pensé tener el hecho llano?
Adulce fermentido,
mejor fuera negarme claramente

el don por mí pedido,
que mostrar obediente
el corazón, después tan inclemente.
Menor culpa comete
quien niega lo que justamente puede,
cumplir, que quien promete,
y después no procede
a dar, ni querer dar lo que concede.
Tal es quien disimula,
y muestra buen semblante por de fuera,
como quien nos adula
con lengua lisonjera,
y después en ausencia vitupera.
¿Tú pretendes corona?
¿Tú pretendes el cetro que perdiste?
¿Por qué? ¿Por tu persona?
¿O por qué me cumpliste
las prolijas promesas, que me diste?
Antes el rey que falta
en algo que tuviere prometido.
De la majestad alta
en que se vio subido,
merece ser de todos abatido.
Y tú también, tirano,
que tanto tus castigos aceleras.
Tan presto, tan temprano
nuestras gentes alteras,
y dejaste de ser quien antes eras.
Antes que la corona
esa cabeza bárbara ciñese,
jamás hubo persona
que de ti no dijese
que justa con tus méritos viniese.
¡Ay, cuántos pretensores
de reinos y soberbias dignidades,
antes de ser señores,
ganan las voluntades,
cubriendo con virtudes sus maldades!
¿Pero yo, desdichada,
con importunas voces solamente
he de quedar vengada?
¿Y de la vulgar gente
no tengo de mostrarme diferente?
Llorar, cualquiera llora:
a más ha de pasar mi sentimiento.
Sigamos pues ahora

ese mortal intento:
no se dilate más, yo lo consiento.
La noche me convida
con sus vecinas sombras a tal hecho:
yo quitaré la vida
en el ocioso lecho
al hermano cruel contra mi pecho;
y con osada mano
abrasaré los miembros fraternales;
porque tú y el tirano,
¡Oh Muley! Vais iguales
en estas ceremonias funerales.

Escena V

AZAN, ZAUZALA.

AZAN

En los oídos traigo las querellas
del indignado pueblo, cuyos gritos
hieren con triste son en las estrellas.
Los hombres y los niños pequeñitos,
cubriéndose los ojos con las frentes,
llevan allí sus ánimos escritos.
De Muley los amigos y parientes,
puesto que disimulan con cuidado,
procuran la venganza diligentes.
Dicen que fue Muley bien castigado,
pero que la manera del castigo
de los términos justos ha pasado.

ZAUZALA

¿Y fáltales razón?

AZAN

Yo también digo
que no fue castigarlo como reo,
sino vengarse de él como enemigo.
El rey, por estas cosas, según creo
y por dejar las suyas sepultados,
como suelen decir, en el Leteo:
por ser, como tú sabes, consultadas
con Audalla las más, injustamente
por ellos los dos solos sentenciadas;
por atajar el daño ya presente,

queriendo descubrir mejor su pecho,
de privadas pasiones inocente,
y que si con rigor hubiese hecho
alguna cosa de estas, es Audalla
quien el castigo dio contra derecho,
hale mandado dar la muerte.

ZAUZALA

Calla
que no le mandó dar por eso muerte,
sino por Isabela, su vasalla.

AZAN

Cosa grave me cuentas.

ZAUZALA

Pues advierte,
pero bajo la llave del secreto,
aunque sólo me basta conocerte.

AZAN

Una, ciento, y mil veces te prometo
que no lo sepa nadie por mi parte,
puesto que tomo cargo de discreto.

ZAUZALA

No será necesario pues contarte
cómo prendieron hoy a la doncella.

AZAN

No, si ya no gustares de cansarte.

ZAUZALA

Audalla pues quedó solo con ella,
no menos que los otros, según vimos,
abrasado también de su centella;
porque cuando nosotros nos salimos,
detrás de ciertas puertas acechando
Aldujabar y yo nos escondimos;
y los atentos ojos aplicando
a ciertos agujeros, estuvimos
con gran facilidad los dos mirando
al viejo consejero del rey vimos.
No cierto combatir con los cristianos;
ni sus despojos pretender opimos;
mas antes con suspiros, pero vanos,

a la bella cristiana se rendía,
queriéndole besar las blancas manos,
ella con gran valor le resistía,
haciendo poco caso de la vida
la cual y mucho más le prometía.
Ni pienses que por esto se comida
Audalla, pero muda de consejo
contra la dama bella y afligida.

AZAN

Si delante los ojos un espejo
entonces al amante le pusieran,
y si pudiera ver el rostro viejo,
sus arrugas y canas, detuvieran
su furia, y a la dama juntamente
con su misma vergüenza defendieran.

ZAUZALA

Jurole con acuerdo diferente
de juntar a su muerte rigurosa
la de sus viejos padres y su gente:
ni por esto la dama valerosa
aflojó la constante resistencia,
ni se quiso mostrar más amorosa.
Pasaran las palabras a violencia,
si no temiera Audalla ser sentido.

AZAN

Muy tardese valió de su prudencia.

ZAUZALA

Pero de los desdenes ofendido,
o si no por ventura con vergüenza,
para cubrir sus culpas con olvido,
o porque muchas veces quien comienza
un pecado, tras él se precipita,
hasta que la maldad del todo venza;
Audalla la sentencia solicita,
y por mejor vengarse de la dama,
las vidas a sus viejos padres quita.
Ella murió después en viva llama,
y nosotros también al rey nos fuimos.
Que yace, como sabes, en la cama
allí le relatamos lo que vimos,
el cual con tanta saña nos oía,
que con darte el aviso, lo temimos.

Prolijo y prolijísimo sería
repetir las demandas y respuestas
que el rey sobre lo dicho nos hacía:
al fin con evidencias manifiestas
el rey se satisfizo.

AZAN

Muy bien pudo,
y fueron muy bastantes causas estas.

ZAUZALA

Así que por lo dicho yo no duda,
sino que le mató por su pecado,
y no para tenerle por escudo.

AZAN

No sé si fue por eso castigado:
pero, como te dije, yo sé cierto
que yace con infamia deshonorado.

ZAUZALA

¿Vístele tú morir?

AZAN

Yo le vi muerto,
y con innumerables puñaladas
el corazón oculto descubierto.
Vile las blancas canas afeadas,
sin honor, polvorosas y sangrientas,
que fueron otro tiempo veneradas.

ZAUZALA

Audalla feneció, según me cuentas.

AZAN

Esta cabeza suya, que yo llevo,
relación te dará de sus afrentas:
con ella sentiremos horror nuevo,
cuando, como la piensa dar, la diere
El rey a sus lebreles para echo.
Los divididos miembros también quiere
fijar en estos muros, porque sea
ejemplo de temor a quien los viere.

ZAUZALA

¿Habrá quien los mirase, que no crea,

viendo con tal adorno las almenas,
que son estas la casa de Medea,
o las de los hermanos de Micenas?

Escena VI

AJA, SELIN.

AJA

¿Yo soy la que rabiaba por venganza?
¿Pues cómo ya la cólera no arde?
Temprano, corazón, haces mudanza.
¿Temprano? Muy mejor dijera tarde.
Antes de comenzar esta matanza
te debieras mostrar, Aja, cobarde,
antes que con la sangre de tu hermano
su lecho mancillaras y tu mano.

SELIN

¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche fiera!
Que con anticipar tu sombra tanto,
prodigio quieres ser, y mensajera
de la terrible causa de mi llanto.
Dilata tus tinieblas de manera
que dejes a los hombres con espanto,
y puedan conocer en las señales
sin que yo los relate nuestros males.
¿Mas quién es tan osado que procura
con importunas luces ofenderte?
¡Oh tú, si fueres alma, por ventura
de los que recibieron hoy la muerte!
Pero ya te conozco, mujer dura,
y bien puedo por cierto conocerte
en las tristes insignias y despojos
con que te manifiestas a mis ojos.

AJA

¿Quién eres, desdichado, tú que vienes
endechas tan prolijos derramando?

SELIN

Propio nombre mediste, pues mis bienes,
perdidos por tu causa, voy llorando
pero si de Selin memoria tienes,
Selin, que ya se vio felice cuando

Adulce, su señor y rey, vivía,
Selin soy yo por la desdicha mía;
y pues en tal lugar hallarte puedo
sin turba de doncellas ni de gente,
escucha tu maldad.

AJA

Yo te concedo
que me digas injurias libremente.

SELIN

No pienses que por ti tuviera miedo,
que ya con mis desdichas soy valiente,
y no temo la muerte que pudieras
mandarme dar al punto si quisieras.

AJA

No dilates el caso.

SELIN

De tus cosas
Adulce con razón desesperado,
esta mañana se salió conmigo
pensé, como lo tuvo por costumbre,
que solo por salir a ver los campos,
o por hacer cansar en la carrera
algún veloz caballo. ¡Cuántas veces,
ay triste, deseoso de agradarte,
en estos trabajosos ejercicios
ejercitó su valeroso cuerpo!
Pensé que por ventura pretendía
desenfadar el ánimo perplejo.
¡Ay me! Con gran razón culpar te debo
señor, pues encubriste de tu siervo
un hecho tan atroz.

AJA

Prosigue.

SELIN

Luego,
como de la ciudad nos apartamos,
el corazón me daba mil latidos,
y con agüeros tristes vi muy claro
el daño de que soy testigo y nuncio.
¡Mas qué valen agüeros y portentos

al que quiere morir y lo procura
Los ligeros caballos parecía
que, como subidores del suceso,
no quisieran seguir aquel camino,
y con las altas crines rebufantes,
las agudas espuelas no temiendo,
dudaron de pasar la larga puente,
por bajo de la cual Gallego corre.

AJA

No me tenga suspensa más prosigue.

SELIN

En unos laberintos intrincados
de retamas amargas, tan espesos
que casi los caballos nos cubrían,
entramos los dos juntos, mas el uno
para quedar allí perpetuamente.
Apeados los dos de los caballos,
Adulce dio la muerte juego al suyo.
Sospeché su propósito furioso,
mas no le pregunté por qué lo hacía.
Luego con profundísimos suspiros,
dijo: sabrás, Selin, que mi señora
(no lo puedo negar, por tal la tengo)
me mandó cierta cosa, no la nombro
porque le prometí de no decilla,
como le prometí también de hacella.
Quise poner por obra la promesa,
y no me fue posible, puesto caso
que no temiera yo de los peligros
que me pudieran ser inconvenientes,
cuando también la honra no lo fuera.
Vi que sin ser traidor, sin ser ingrato
a las amigas obras de su hermano,
no pudiera cumplir lo prometido.
Así por esta causa pensativo,
he salido confuso, procurando
darle satisfacción, como lo debo.

AJA

Inútiles excusas, y livianas.

SELIN

Él estaba diciendo lo que digo,
y yo ya, prevenido, con razones

queriendo consolarlo, cuando fiero
dos y tres veces con rabiosa furia
el noble pecho con la daga rompe.
Quísele socorrer, pero fue tarde,
ni le pude quitar la fiera daga
primero que su saña concluyese;
y dando muchas vueltas en el suelo,
con los horrendos ojos ya mortales,
me dijo: contarasle mi suceso
a la que fue la causa.

AJA

De mayores
males soy también causa.

SELIN

Porque sepa
que quise más morir, que dar la muerte
a los claros renombres de mi fama;
porque no se dijese que mi pecho,
en donde su retrato tuve siempre,
cubrió jamás engaños y traiciones:
pero que pues le di mi fe constante,
de morir, o cumplir su mandamiento,
que cumpla mi promesa, pues que muero;
y para testimonio de mi muerte,
tú, Selin, llevarasle mi cabeza.
Éstas fueron las últimas palabras
con que me lastimó quedando muerto.
Al punto con humilde sepultura
a mi rey sepulté con celo pío;
quitele la cabeza valerosa,
la cual te doy ahora por trofeo.

AJA

A no temer aquí mayores daños,
diérame más dolor el que me cuentas;
puesto caso que siento sumamente
la muerte de tu rey.

SELIN

Yo también creo
que no sin novedad a media noche
con tantos improperios estás sola
fuera de tus palacios de tal suerte.

AJA

Pues Adulce calló, como debía,
lo que yo le pedí, quiero callarlo.
Sólo sabrás que con enojo de ello
hice lo que diré luego.

SELIN

Comienzo.

AJA

En este su real palacio fuerte,
ceñido de este muro que lo cerca,
en vano tan murado, pues la suerte
enemiga le dio mucho más cerca,
lejos el pensamiento de la muerte,
evidente señal de que se acerca,
estaba mi cruel hermano, cuando
Aja le va colérica buscando.
El sueño postrimero le tenía
ocupados los ojos a mi hermano
bien lo pude ver yo, porque tenía
estas ardientes llamas en la mano.
Tuve lugar de ver a quien hería;
tuve lugar, y vile, mas en vano;
pues con este puñal abrí su pecho,
y con las llamas abrasé su lecho.
Abrió los ojos tristes por ventura,
para que mi delito mayor fuese:
hermana, me llamó dos veces, dura;
y como la tercera vez quisiese
repetir este nombre con dulzura,
el aliento faltó, sin que pudiese
proseguir la dicción; pero moviendo
los yertos labios, le quedó diciendo.
Vi la maldad entonces descubierta
en la fraterna sangre que corría:
quise salir huyendo, mas la puerta
atinar de turbada no podía;
pero tuve después salida cierta,
acordándome luego que traía
una llave maestra, cuyo medio
es quien para salir me dio remedio.
¿Pero por qué relato por extenso
el fin de mis maldades tan horrendo?
¡Oh tú que con dolor estás suspenso,
estos sucesos míseros oyendo!

Pues yo con tales daños recompenso
al que quiso morir obedeciendo,
dame la digna muerte de tu mano,
a tu señor vengando, y a mí hermano.
Y ya que las estrellas y Diana
se cubren por no verme tan sangrienta,
no quieras que la luz de la mañana
a mis ojos revele tal afrenta:
o que por no mirar de sangre humana
una mujer cual yo vivir sedienta,
el sol cubra su luz, contra su uso,
en vez del cual se extienda caos confuso.
Yo soy quien te quitó tu señor caro,
cuya temprana muerte vengar debes;
yo soy quien te quitó tan buen amparo;
por mí contigo son sus dones breves
muévete por tu daño sin reparo,
ya que por sus miserias no te mueves
con esta misma daga fratricida
me puedes acortar la torpe vida.

SELIN

Cuando me fuera lícito matarte,
cosa de mi valor tan apartada,
lo dejara de hacer por contemplarte
de mi señor en vida tan amada;
y pues él se mató por contentarte,
(testigo su cabeza destroncada)
para que satisfagas a lo hecho,
tú te puedes romper el duro pecho.

AJA

Pues sigue mis pisadas.

SELIN

Ya te sigo.

AJA

Verás con la constancia que lo hago.

SELIN

Yo voy, pues he quedado por testigo,
aunque también soy parte en el estrago.

AJA

Mi triste muerte contarás, amigo, (Dentro.)

y recíbeme tú, profundo lago,
porque jamás las gentes no me vean.

SELIN

Las aguas turbias tu sepulcro sean. (Dentro.)

Escena VII

EL ESPÍRITU DE ISABELA

ESPÍRITU

A los rayos del sol opuesta, hace
con olorosos leños una cama
la fénix, y después con viva llama,
sacudiendo las alas, se deshace:
y luego (que con esto satisface
a la preciosa muerte que la llama,
según tienen los más por cierta fama)
con nuevas plumas y color renace.
Yo pues en los tormentos y dolores
de las ardientes llamas, cuyo humo
es olor agradable para el cielo,
cual fénix, Isabela, me consumo,
pero con vivas alas y colores
renazco para dar eterno vuelo.
Y pues a los del suelo
admiración os causo,
cuando alguno presume,
aunque con torpe pluma,
escribir mi suceso, dadle aplauso.

FIN